



Creación

Narrativa

Espejos rotos: sobre la imposibilidad de ser humano

Frida V. Sáenz

Universidad Autónoma de Chihuahua.

fridavizcarra@icloud.com

En un mundo ya no caótico, sino perpetuamente beligerante, la violencia es la única manifestación humana no carente de sentido.

He pensado lo anterior no sin miedo a expresarlo. Enemiga declarada de sentencias tajantes, fiel creyente en la existencia de un espectro de la existencia humana que circunscribe una infinitud de posibilidades y, por ende, una infinitud de filosofías, he llegado a dicha conclusión no por medio de caminos fáciles. Si bien, atravesando pasajes de pesada oscuridad y desgarradoras circunstancias. No obstante, me reservo el derecho, concebido más precisamente como una obligación, de renunciar a una condición de víctima que, dado el privilegio en torno al cual ha tenido lugar mi existencia, no resultaría más que en una nauseabunda evidencia de una enferma moralidad, la cual, no poseo. Sobre lo anterior, me permitiré discurrir en otro momento.

Retomando mi sentencia, he de decir que ha estado gestándose en mi mente por algún tiempo. Debo a la falta de experiencias, el que haya sido hasta ahora que me es posible ordenarle y narrarle propiamente. A mi juicio, por supuesto, y después de varios momentos de inflexión que han hecho temblar mi cerebro; no tan violentamente como para perturbarle sin remedio, pero sí lo suficiente para convertirle en seno de una serie de reflexiones que, debido a la profesión, han tenido que verterse en las líneas que hoy escribo. Me permito pues, dar inicio a un recuento de vivencias que me han llevado a concluir, que el fenómeno de la violencia es el que más sentido guarda, con respecto a la existencia humana y a su imposibilidad.

¿Qué pensarían mis maestros de filosofía sobre esta forma de entretenimiento?

—Llego en quince—, respondí en un mensaje de texto a Arlen, mi amiga desde hace unos seis años que se dedica, además del diseño de producto, a la fotografía, laborando actualmente para una frívola revista de sociales en la ciudad de Chihuahua. Era un frío miércoles por la noche, y yo disfrutaba de algo que ya no disfruto frecuentemente: un día libre. Me excusé en el clima, el cual, a decir verdad, me pareció maravilloso, para no dejar mi casa en todo el día. Claro, hasta que Arlen me invitó a una exposición de fotografía en el Museo Casa Sebastián, a donde, por razones de trabajo, debía asistir. He de decir que no me tomó más que unos segundos dentro del recinto, darme cuenta de que renunciar a un día en casa había sido una buena decisión. Ya veremos cómo termina luciendo mi anterior observación, dada la naturaleza de dicha exposición.

Varias decenas de fotografías están dispuestas en cuatro salas, si mi memoria es correcta, del museo. Con excepción de dos secciones, dedicadas al medio ambiente y la naturaleza, y algunas fotografías dispersas bajo el mismo tema, toda la colección aborda las situaciones sociopolíticas y culturales de más tensión, complicación y difusión en los últimos años. Desde la horrificada guerra civil en Siria, hasta la encarnizada lucha contra la caza furtiva en Sudáfrica, pasando por una serie de capturas cuyo objeto son los traumas posguerra, los debidos a violaciones sexuales, el estigma social en torno a los individuos transgénero, la militarización de la educación en Estados Unidos y Rusia, la maternidad en los campos de las FARC, entre otras circunstancias que confirman, primeramente, la increíble y perturbadora diversidad cultural del mundo, y, la imposibilidad de ser humano. El terrible dolor que encierra la existencia humana.

Habrán sido algunos minutos pasando la media hora, quizá más, el tiempo que nos tomó, a Arlen y a mí, recorrer en su totalidad la exposición de World Press, a grandes rasgos, una organización mundial dedicada a la fotografía documental que premia a quienes logran capturar las *mejores* fotografías cada año. Tómese el término *mejores* ya no en un sentido positivo, sino en el más subversivo posible. Imágenes que helan la sangre hasta congelarla para hervirla en llamas en cuestión de segundos. Realidades tan radicalmente ajenas a la nuestra que les negamos la posibilidad de existir. Son demasiado horrendas. Son demasiado humanas. Pero no podemos dejar de verlas, nuestros ojos no son capaces de dirigir la vista a otro lado.

Aquella fue la situación que me envolvía. No obstante, se recubre el espanto de la dolorosa documentación de historias sangrientas, como la de una familia de Taxco, Guerrero, azotada por la violencia del crimen organizado, que ha cobrado la vida a catorce miembros de la misma, actualmente parte de los más de 37 mil desaparecidos que México cuenta, con arreglos florales, invitados distinguidos, conversaciones vacuas, vino de honor, y varias mesas con pequeños sándwiches. Y cuestioné a Arlen, en una suerte de comentario irónico y en medio de una risa un tanto callada, —¿qué pensarían mis maestros de filosofía sobre esta forma de entretenimiento? Tú y yo viendo estas fotos mientras comemos y tomamos vino—.

Puede que no haya vivido muchas cosas, pero he vivido esa fotografía

A dos días del evento, ya no creo ser la misma. Y me atrevo a pensar que, todo aquel que no haya sentido el alma temblarle y el corazón explotarle en el pecho, tiene el cerebro dormido, y será acaso, un subhumano. Pero ¿desde dónde juzgo y condeno? ¿Debo mi sensibilidad a mi humanidad o a mis circunstancias? ¿Sería verdaderamente tan terrible el que alguien no salga de aquellas interminables salas turbado?

Me vi en aquella fotografía. En retrospectiva, he pensado ser muy joven para haberme visto en ella. Alyona Kochetkova ha ganado el tercer lugar en la categoría de retratos con uno de ella misma frente a una sopa de betabel que, debido al cáncer que padeció, le resultaba incomible, a pesar de ser su favorita. Me recordó a mi madre. No pude exclamar algo más que —esta es una fotografía muy triste—, mientras Arlen me alcanzaba, y a continuación, narré la descripción de la misma brevemente, mientras ella observaba.

No obstante, no es enteramente mi comprensión hacia la situación de Alyona lo que me permite ver esa fotografía y sentir que se me ahoga en ataduras la garganta. Aunque no sentí ni remotamente lo mismo cuando observé la fotografía que sucedía el autorretrato; un hombre de mediana edad sentado en una tina, condenado a tomar de esta forma sus baños, ya que, debido a su condición como víctima de acoso sexual, le es prácticamente imposible utilizar la regadera. ¿Qué podría hacerle uno al malnacido responsable por trastocar de tal forma una existencia, una

vida entera? La mirada del hombre apunta desoladamente a la nada. Pero yo no le conozco. Alyona no me muestra más que su desnudo cráneo y una espalda tristemente encorvada, y aún así, me ha abierto el pecho en dos. Pero no tengo por qué conocerle, para desear la peor de las muertes a quien le haya hecho tanto daño al *marine* Ethan Hanson.

He dado respuesta a tres preguntas.

El horror, el dolor y la violencia, la triste tríada del sentido de la existencia humana

Sabía que tenía que escribir sobre esto. Yo recibí una invitación que, pensaba, sería a otra exposición de fotografía insípida, comercial, vacía hasta la débil médula. —Te conviene—, mencionó Arlen al invitarme. No podría decir si es o no un asunto de conveniencia, o hasta qué punto pensó mi amiga que tal experiencia sería, de alguna forma, útil o positiva para mí, lo que sea que ambas palabras impliquen. Pero, si de algo me encontraba segura, era de que todo aquello que pasaba por mi cerebro en la forma de violentas e iluminadoras ráfagas tendría que ser, forzosamente, puesto en palabras.

Recuerdo mis primeros meses de clases de filosofía. Mis maestros utilizaban referencias que parecían venir de todas partes y de ninguna parte, simultáneamente. Yo me preguntaba cómo era esto posible y si algún día sería yo capaz de observar lo leído en el mundo que me rodeaba, sin la necesidad de análisis rebuscados y enunciados torpes, como los que he escuchado de algunos compañeros, sino de forma espontánea, natural. Bueno, pues aquello fue justamente lo que me sucedió una y otra vez mientras recorría las galerías. Y fue terriblemente desagradable.

Dos interrogantes; ¿es este realmente el estado del mundo? Y ¿en qué mundo vivieron Sartre, Foucault y Girard y en qué mundo piensan que viven Agamben y Žižek?, se volvieron contra mí con una agresividad exacerbada. Y yo no pensaba que el mundo fuera este lugar lleno de oportunidad, progreso y positividad que tanta gente idiota proclama. Yo le conocía violento, rabioso, desagradable. Mis clases evocaban ese conocimiento, convirtiéndole en la más pura y demencial de las ansiedades. Salía de clase cada noche, a una universidad desierta y oscura,

pensando en lo cruel que era la civilización humana. Pero yo no sabía que en las Filipinas se encuentran peleando su propia guerra contra el narco, menos había visto la foto de un hombre con el cráneo despedazado a mitad de la calle, al lado de un ataúd conteniendo a un difunto en cuyo velatorio se encontraba el mismo. Desconocía que, en Irán, las mujeres recurrían a vestirse como hombres para ingresar a estadios deportivos y disfrutar del fútbol. Que, en los campamentos de las FARC, la guerrilla se mezcla con la maternidad, y cada vez es más común que las mujeres decidan tener hijos en el seno de la muerte y la miseria.

En el Chad, la desertificación amenaza la vida de millones de personas, puse un rostro a los migrantes centroamericanos a los que, en alguna ocasión, desprecié, observé las protestas en Venezuela, tanques de guerra desplegados por el gobierno de Nicolás Maduro, deprimentes escenas de hospitales como consecuencia de la terrible guerra civil en Siria, la crisis de opioides en Estados Unidos. Una tras otra, cada imagen confirmaba un gran temor.

El horror, el dolor y la violencia, son la triste tríada a la que debemos el sentido de la existencia humana.

Entiéndase sentido no como un sentido único, revelado mediante catarsis, sino como una interpretación de la propia existencia humana a través de estos tres oscurísimos entes. Yo encuentro sentido a mi existencia en la medida en que el mundo se me presenta tenebroso e indomable. En la medida en que intento desarmarle, quizá destruirle. Me encuentro a mí misma, quien quiera que sea, en medio del infierno.

En un mundo en que todo parece carecer de sentido, en que todo se nos presenta tan artificial, tan asquerosamente insípido, es por medio del horror, el dolor y la violencia que podemos hacer una lectura de la realidad sociopolítica que atraviesa la humanidad en las tan abismalmente diferentes formas que toma. Llámense culturas.

Ese temor, expresado en la forma de pensamientos como —no me imagino qué haría en esa situación—, —no sé cómo pueden vivir así—, ese desagrado, ese fruncir del ceño, esa maldita náusea, ese cráneo despedazado, esa mujer que me destruye sin siquiera verme a la cara, ese hombre viendo hacia la nada, eso me abre los ojos al mundo. Se convierte no solo en mi verdad, sino en *la* verdad, en lo único real. Aquello que es repugnantemente innegable. Me obliga a verlo.

Mi rostro se transforma y se convierte en el de cada sujeto sobre el que dejo caer mi mirada. Luego soy yo, la que no puede salir a la calle sin ser víctima de violencia por ser un individuo transgénero, la que yace cansada sobre un colchón sucio, tendido sobre un campo de basura en el que laboro forzosamente como recolector siendo aún una niña, soy yo, llorando desconsolada frente a mi madre mientras el oficial de la *border patrol* la detiene.

Pero ellos jamás serán yo.

Si algo deja entrever el fenómeno de la violencia, es que nunca es impersonal. Al contrario, tiende a ser terriblemente personal, ensimismada, egocéntrica. Responde a condiciones específicas de todo tipo: sociales, económicas, políticas, culturales, mentales, emocionales, físicas. Y aquí entra el factor privilegio. Y se lo dije a Arlen, días antes de la exposición. —Me he dado cuenta de que soy una persona privilegiada—, dije, —puede que haya cosas que no tenga, pero tengo la capacidad de tenerlas—. Faltaría agregar, a algunos días de mi experiencia, el cómo es casi completamente improbable que me encuentre en una situación similar a cualquiera de las presentadas en las fotografías de World Press.

Aquello, más que alivio, me produce tristeza. Nuevamente, me he visto en aquellas fotos a través de mi madre. Una persona que, si la existencia humana realmente estuviera sujeta a la justicia, lo habría tenido todo. Porque ella fue todo.

Reflexiono en torno a todo lo que el cúmulo de vivencias al que he sido expuesta representa. Una extraordinaria carga lleva cada uno de nosotros sobre la espalda. No depende de nadie, más que de uno mismo, utilizarla o para levantar un monumento, o para adornarnos la tumba.

Tantas cosas que pasan en el mundo, y mis compañeros filosofan sobre derrocar el Buen
Fin

—A estos eventos deberían venir mis compañeros, solo vi a una persona de mi facultad—, pero —ellos nunca van a nada—, le dije a Arlen. Esto fue antes de enterarme que el tema para un café filosófico organizado por algunos alumnos en ese mismo día fue la versión mexicana del

Black Friday estadounidense; el *Buen Fin*. Y fue especialmente uno de los puntos que trataron; “derrocar el *Buen Fin*”, que me pareció irrisorio. No solamente por la utilización del término *derrocar*, sino porque, después de todo, lo anterior implicaría derrumbar al mismísimo capitalismo. Si alguien le ha encontrado solución, ha encontrado el remedio para la cura de casi todos los males de la humanidad.

Y es que me parece que el mexicano es tan ensimismado y salvajemente cerrado. Lo lee uno en Ramos y Paz y lo viene a ver en la vida real. Por algún tiempo ya, he pensado seriamente que hay tres cosas que el filósofo no puede y, más importante aún, no debe, ignorar; la ciencia, la historia y las noticias. Luego ocurre eso del encierro en la infame torre de marfil, en el privilegio de aquel que puede dedicarse libremente a las humanidades.

Desearía hablar sobre todo aquello que vi y pensé con algún colega. Sobre la carga cultural tan impresionante y lacerante de algunas fotografías. Sobre cómo no pasó ni una hora para encontrarme riendo en el auto con Arlen, o cómo publiqué la exposición en mi cuenta de *Instagram*, de suerte tal que todo lucía placenteramente estético. Pero mis compañeros no salen. O al menos no a esos lugares. ¿Qué harán de sus vidas? Y aún más importante, ¿sobre qué filosofan si le sacan la vuelta a vivir?

Cuestiones irrelevantes que darían respuesta a preguntas no muy importantes.

Tiempo de cerrar la computadora e iniciar el día. No he dormido mucho, pero el alma ya me descansa tranquila.

Apéndice

La imposibilidad de ser humano

Nuestro ser, nuestra humanidad, reflejados sobre espejos rotos. Irremediabilmente quebrantados, dolorosamente fragmentados. Reflejando la imposibilidad de ser humano. La fragilidad de la vida. El horror del existir. ¿Ser, o no ser? La punción de muerte. La revolución. El recalcitrante deseo de enteridad. Soy nadie, al mismo tiempo que soy todo. Espejos rotos. Despostillados. Que cortan y abren profundamente la carne, derramando a borbotones la preciada sangre. Reflejando la imposibilidad de ser humano. Espectro infinito de posibilidades. Estamos todos juntos en esto, aún cuando en vez de tomarte la mano, la cercene cruelmente en un afán libertador. Negar la realidad, negar al otro. Una otredad espantosa que punza hasta en los huesos. En ese momento, nos encontramos reflejados por la misma fracción de espejo. Que he de estropear con coraje. En aras de mi propia supervivencia. E irónicamente, estamos solos. Necios son los intentos por reunir los vidrios. Ciega es la necesidad de declararnos uno solo. Indivisible. Pululantes yagas que sangran llanto. Las manos cortadas. El alma siempre fragmentada. Soy nadie, al mismo tiempo que soy todo. Espejos rotos.

Fuentes de consulta:

World Press Photo, sitio oficial, fotografías premiadas en el marco del *2019 Photo Contest*, pertenecientes a la exposición ya mencionada; <https://www.worldpressphoto.org/collection/photocontest/winners/2019> .